

LA SOMBRA Y EL DESTELLO

Por Jack London

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

CUANDO vuelvo la vista atrás, comprendo lo peculiarísima que era aquella amistad. Entre Lloyd Inwood, alto, bien plantado, bien formado, nervioso, moreno, y Pablo Tichlorne, alto, bien plantado, bien formado, nervioso y rubio. Eran copia exacta uno de otro en todo, excepto en el color. Los ojos de Lloyd eran negros; los de Pablo, azules. Bajo la influencia de una excitación, la sangre corría aceitunada en el rostro de Lloyd, rosa fuerte en el rostro de Pablo. Mas, fuera de esto, se parecían como dos gotas de agua. Ambos eran nerviosos, propensos a excesiva tensión y resistencia, y vivían al mismo diapason.

Pero había un tercero mezclado en aquella notable amistad, y el tercero era bajito, y gordo, y rechoncho, y calmoso, y aunque me duela decirlo, era yo. Pablo y Lloyd parecían haber nacido para rivalizar uno con otro, y yo para ponerlos en paz. Los tres crecimos juntos, y a menudo he recibido los furiosos golpes que cada uno de ellos destinaba al otro. Siempre estaban en competencia, procurando vencerse uno a otro, y cuando se enredaban en tales luchas no había límite para sus esfuerzos o sus pasiones.



Tal intenso espíritu de rivalidad animaba sus estudios y sus juegos. Si Pablo aprendía de memoria un canto de "Marmión", Lloyd aprendía dos; Pablo volvía sabiendo tres, y Lloyd replicaba aprendiendo cuatro, hasta que ambos sabían de memoria el poema entero. Recuerdo un incidente que ocurrió en la piscina de natación... incidente trágicamente simbólico de la lucha a vida o muerte entre ellos. Los muchachos tenían por juego sumergirse



hasta el fondo de una hoyo de diez pies, y sujetándose a las raíces que habían crecido en el agua ver quién podía resistir más. Pablo y Lloyd dejándose arrastrar por las incitaciones de algunos compañeros, emprendieron a un tiempo la hazaña. Cuando vi sus caras duras y decididas en el momento en que desaparecían en el agua y se hundían rápidamente, tuve el presentimiento de algo tremendo.

Pasaron los momentos rápidos, las

ondas del agua se aquietaron, la superficie de la piscina quedó plácida y quieta, y ni la cabeza negra ni la dorada rompieron la superficie en busca de aire. Los de arriba empezamos a sentir ansiedad. El récord más largo de respiración bajo el agua se había traspasado, y no había señal ninguna. ~~Bur-~~ ~~bajas~~ de aire subían lentamente, demostrando que el aire salía de sus pulmones, pero también cesaron. Cada segundo se hacía interminable, e, incapaz

de resistir la inquietud, me hundí en el agua.

Los encontré en el fondo, fuertemente agarrados a las raíces, con las cabezas a menos de un pie de distancia una de otra, con los ojos muy abiertos y mirándose fijamente. Estaban soportando espantoso tormento, retorciéndose en las agonías de la asfixia voluntaria, porque ninguno de los dos quería darse por vencido. Intenté arrancar a Pablo de las raíces, pero se me resistió furiosamente. Entonces, perdí el aliento, y volví a la superficie atrozmente asustado. Explicué rápidamente la situación, y media docena de muchachos nos sumergimos y a viva fuerza los arrancamos. Cuando logramos sacarlos, ambos estaban ya inconscientes, y sólo después de mucho hacerlos rodar como barriles, de fricciones y de puñetazos, logramos hacerlos recobrar el sentido. Se hubieran ahogado allí si no hubiésemos ido a sacarlos a la fuerza.

Cuando Pablo Tichlorne entró en el colegio, dió a entender que iba a matricularse en ciencias sociales. Lloyd Inwood, que ingresó al mismo tiempo, eligió la misma clase de estudios. Pero Pablo tenía la intención secreta de estudiar ciencias naturales, y especializarse en Química, y en el último momento, así lo hizo y cambió de matrícula. Aunque Lloyd ya había ordenado su trabajo del año y asistido a las primeras lecciones, inmediatamente siguió el ejemplo de Pablo y se consagró a las ciencias naturales y especialmente a la Química.

Su rivalidad se hizo notar bien pronto en la Universidad. El uno espoleaba al otro, y estudiaron Química mucho más profundamente que ningún estudiante hasta entonces; tan profundamente, de hecho, que antes de obtener sus títulos pudieran haber desafiado a cualquiera de los profesores de Química de la institución, excepto al "viejo" Moss, jefe del departamento. Y hasta él se asombraba y admiraba a menudo. El descubrimiento que hiciera Lloyd del "Bacilo de la muerte" en el renacuajo marino y sus experimentos sobre él con cianuro de potasio, hicieron dar la vuelta al mundo a su nombre y al de su universidad. Y no se quedó atrás Pablo cuando consiguió producir en el laboratorio coloides que mostraban actividades parecidas a las de las amebas, y cuando lanzó nueva luz sobre los procesos de fertilización por medio de sus asombrosos experimentos, con simples soluciones de cloruros de sodio y magnesio sobre formas inferiores de la vida marítima.

Fué aun en sus días de estudiantes, en medio de sus más profundos chapuzones en los misterios de la química orgánica, cuando entró en sus vidas Doris Van Benschoten. Lloyd la encontró el primero, pero a las veinticuatro horas, ya Paul había conseguido acercarse a ella. Por supuesto, se enamoraron, y ella llegó a ser para ambos lo único por lo cual valía la pena de vivir.

La cortejaron con igual ardor, y tan intensa llegó a ser su lucha, que la mitad del cuerpo estudiantil se dió a apostar salvajemente por el resultado. Hasta el "viejo" Moss, un día después de una asombrosa demostración hecha por Pablo en su laboratorio particular, cometió el pecado de apostar todo un mes de sueldo a que llegaría a ser novio de Doris Van Benschoten.

Por fin la muchacha resolvió el problema a su modo, a satisfacción de todos, excepto de Pablo y Lloyd. Los reunió, y les dijo que realmente no podía elegir entre ellos porque a los dos les tenía el mismo cariño, y que, como las leyes de los Estados Unidos no permiten la poliandria, se veía obligada a renunciar al honor y la dicha de casarse con ninguno de ellos. Cada uno echó la culpa al otro de este lamentable fracaso, y la amargura que había entre ellos se hizo más amarga.

Pero donde las cosas llegaron bien pronto a lo peor, fué en mi propia casa después que ambos se graduraron y desaparecieron de la vista del público. Ambos eran de familia acomodada, con poca inclinación hacia la vida profesional y ninguna necesidad de someterse a ella. Mi amistad y su mutua animosidad eran las dos cosas que en cierto modo les unían. Aunque venían a estar conmigo muy a menudo, procuraban no coincidir en sus visitas, aunque era inevitable, dadas las circunstancias, que algunas veces habían de encontrarse ocasionalmente.

El día que a hora estoy recordando, Pablo Tichlorne se había pasado la mañana en mi despacho quemándose las pestañas sobre una revista científica. Esto me dejó en libertad para ocuparme de mis propios asuntos, y estaba entre mis rosales cuando llegó Lloyd Inwood. Podando, injertando y arreglando los rosales trepadores en el porche, con la boca llena de clavos, Lloyd me seguía y me echaba una mano de vez en cuando, y empezamos a discutir la raza mítica de la gente invisible, esa gente extraña y vagabunda cuyas tradiciones han llegado hasta nosotros. Lloyd se iba excitando con la charla a su modo nervioso y entrecor-

tado, y pronto empezó a hacerse preguntas sobre las propiedades físicas y las posibilidades de la invisibilidad. Pretendía que un objeto perfectamente negro podría eludir y desafiar la visión más aguda.

—El color es una sensación — decía — . No tiene realidad objetiva. Sin luz, no podemos ver ni los colores ni los mismos objetos. Todos los objetos son negros en la oscuridad, y en la oscuridad es imposible verlos. Si no cae sobre ellos luz ninguna, no devuelven luz ninguna que pueda llegar a los ojos, y así, no tenemos evidencia ninguna de su existir.

—Pero a la luz del día, vemos los objetos negros — dije yo.

—Muy cierto — replicó con calor —. Pero es porque no son perfectamente negros. Si lo fueran, si llegaran a ser absolutamente negros, no podríamos verlos... ¡No, aunque estuvieran alumbrándolos los resplandores de mil soles! Y por eso digo que, mediante los pigmentos necesarios, adecuadamente compuestos, se podría producir una pintura absolutamente negra, que haría invisible todo objeto al cual se aplicase.

—Sería un descubrimiento notable — dije sin gran entusiasmo, porque el asunto me parecía demasiado fantástico para todo lo que no fueran propósitos especulativos.

—¡Notable! — Lloyd me sacudió por los hombros —. ¡Ya puedes decirlo! Porque, hombre de Dios, si pudiera embadurnarme con tal pintura, tendría el mundo a mis pies. Serían míos los secretos de los reyes y de las cortes, las maquinaciones de los diplomáticos y de los políticos, el juego de los bolsistas, los planes de los "trusts" y las corporaciones. Tendría en la mano el pulso interior de las cosas, y llegaría a ser la potencia más grande del mundo. Y yo... — Se interrumpió de pronto, y luego añadió —: Bueno, he empezado a hacer experimentos, y no tengo inconveniente en decirte que voy en buen camino con ellos.

Nos sorprendió una risa que venía desde la puerta. Pablo Tichlorne estaba en pie y nos miraba con sonrisa burlesca.

—Se te olvida una cosa, querido Lloyd — dijo.

—¿Qué se me olvida?

—Se te olvida — continuó Pablo — la sombra.

Vi aparecer el desaliento en el rostro de Lloyd, pero respondió en son de burla:

—Puedo llevar un quitasol. — Luego

se volvió súbita y fieramente hacia Pablo — Mira, Pablo, no te ocupes de esto. Te lo aconsejo porque te conviene.

Parecía inminente la ruptura, pero Pablo se echó a reír con buen humor.

—No meteré los dedos en tus sucios pigmentos. Aunque te den los resultados más estupendos; siempre tendrás que habértelas con la sombra. No te puedes escapar de ella. Yo llevaré el camino contrario. Por la misma naturaleza de lo que me propongo, la sombra quedará eliminada...

—¡Por medio de la transparencia! — replicó Lloyd instantáneamente —. Pero la transparencia no puede conseguirse.

—¡Oh, no, claro que no! — Y Pablo se encogió de hombros y se alejó.

Este fué el principio. Ambos hombres atacaron el problema con toda la tremenda energía que les caracterizaba, y con tal rencor y amargura que me hacía temblar pensando en que cualquiera de ellos pudiera lograr el éxito. Los dos se fiaban de mí por completo, y durante las largas semanas de experimentación que siguieron, compartí las esperanzas de ambas partes, escuchando sus teorías y asistiendo a sus demostraciones. Nunca ni por palabra ni siquiera por un gesto, di cuenta a ninguno de ellos de los progresos del otro, y ellos me respetaban por el sello que había puesto sobre mis labios.

Lloyd, después de prolongada y constante aplicación, cuando la tensión de su entendimiento y de su cuerpo se hacían imposibles de soportar, tenía un modo extraño de buscar descanso. Asistía a concursos de boxeo. Y en una de esas brutales exhibiciones a la cual me había arrastrado para comunicarme sus últimos resultados, fué donde su teoría recibió una notable confirmación.

—¿Ves a aquel hombre de barba rubia? — me preguntó, señalando al otro lado del "ring" a la quinta fila de asientos en el lado opuesto —. ¿Y ves junto a él al otro con el sombrero blanco? Hay un espacio libre entre los dos, ¿no es verdad?

—Cierto — respondí —. No están sentados uno junto a otro. El espacio libre es el asiento desocupado.

Se inclinó hacia mí, y me dijo muy seriamente:

—Entre el hombre de la barba roja y el hombre del sombrero blanco, está sentado Ben Wasson. Me has oído hablar de él. Es el mejor pugilista de su peso en el país. Es un negro caribe, de pura sangre, el más negro de los Esta-

dos Unidos. Lleva puesto un abrigo negro abotonado. Lo vi cuando entró y se sentó. En cuanto se hubo sentado, desapareció. Míralo fijo. Quizá sonría.

Me dispuse a cruzar la sala para comprobar la afirmación de Lloyd; pero me dijo:

—¡Espera!

Y esperé. Y miré hasta que el hombre de la barba roja volvió la cabeza como si se dirigiera al sitio desocupado. Y entonces vi el blanco girar de un par de ojos y la doble media luna blanca de dos filas de dientes, y, por un instante pude ver un rostro negro; pero cuando desapareció la sonrisa, se perdió la visibilidad, y la silla, como antes, pareció vacía.

—Si fuese perfectamente negro, podrías estar sentado a su lado y no verlo — dijo Lloyd. Y confieso que la ilustración fué capaz de dejarme bastante convencido.

Visité el laboratorio de Lloyd varias veces después de esto, y siempre lo encontré sumido en sus investigaciones buscando el negro absoluto. Sus experimentos le obligaban a usar toda clase de pigmentos, tales como hollín de lámparas, breas, materias vegetales carbonizadas, hollines de aceites y grasas, y las diversas sustancias animales carbonizadas.

—La luz blanca está compuesta de los siete colores primarios — me decía —, pero, en sí misma y por sí misma es invisible. Sólo al ser reflejada por los objetos se hace visible y los hace visibles a ellos. Pero sólo se hace visible la porción reflejada. Por ejemplo, aquí tienes una caja de tabaco azul. La luz blanca choca contra ella, y, excepto uno solo, todos los colores que la componen: violeta, añil, verde, amarillo, anaranjado y rojo son absorbidos. La única excepción es el azul. Este no se absorbe sino que se refleja. Por lo cual, la caja de tabaco nos da una sensación de azul. No vemos más que el azul. Por la misma razón, es verde la hierba. Las ondas verdes de la luz blanca son lanzadas contra nuestros ojos.

Otra vez me dijo:

—Cuando pintamos nuestras casas, no aplicamos color sobre ellas. Lo que hacemos es aplicar ciertas sustancias que tienen la propiedad de absorber de la luz blanca todos aquellos colores, excepto los que deseamos que aparezcan sobre nuestras casas. Cuando una sustancia refleja todos los colores, a nuestros ojos parece blanca. Cuando los absorbe todos, es negra. El negro perfecto, carcelero de toda luz, tiene que

ser total y absolutamente invisible. Mira esto, por ejemplo.

Me indicó la paleta que estaba sobre su mesa de trabajo. Diferentes tonos de pigmentos negros estaban extendidos sobre ella. Había uno, en particular, que apenas se alcanzaba a ver; me producía en los ojos una sensación borrosa; me los froté y volví a mirar.

—Este — dijo solemnemente — es el negro más negro que ojos mortales han contemplado nunca. Mas, espera un poco, y conseguiré un negro tan negro que no haya mortal capaz de mirarlo... y verlo.

Por otra parte, acostumbraba a encontrar a Pablo Tichlorne sumido tan profundamente en el estudio de la polarización, difracción, interferencia, simple y doble refracción de luz, y en toda clase de extraños compuestos orgánicos.

—Transparencia: estado o cualidad de un cuerpo que permite a los rayos de luz pasar a través de él — definía para mí provecho —. Eso es lo que estoy buscando. Lloyd se equivoca cuando habla de la sombra y su perfecta opacidad. Yo escaparé de ella. Un cuerpo transparente no da sombras; ni refleja las ondas luminosas... es decir, si es perfectamente transparente. Así, evitando las luces demasiado fuertes, no sólo tal cuerpo no da sombras, sino que, puesto que no refleja la luz, tiene que ser invisible.

Una vez, estábamos en pie junto a la ventana. Pablo estaba ocupado en pulir unas cuantas lentes, que había puesto en fila en el borde de la ventana. De pronto, después de una pausa en la conversación, dijo:

—¡Oh! He dejado caer una lente. Saca la cabeza, viejo, y mira a ver dónde ha caído.

Me incliné para sacar la cabeza, pero una golpazo en la frente me obligó a retroceder. Me froté el dolorido entrecejo, y miré con reproche interrogante a Pablo, que se estaba riendo como un chiquillo.

—¿Y ahora qué? — dijo.

—¿Cómo ahora qué? — repetí como un eco.

—¿Por qué no discurre? — preguntó.

Y empecé a discurrir. Antes de inclinar la cabeza, mis sentidos, en plena actividad, me habían dicho que allí no había nada, que nada intervenía entre mi cabeza y el aire libre, que el hueco de la ventana estaba completamente libre. Alargué la mano y me encontré con un cuerpo duro, liso, frío y plano que el tacto, gracias a su experiencia, me dijo que era cristal. Volví a

mirar, pero, positivamente, no vi nada.

—Arena cuarzosa blanca — dijo Pablo a voces —, carbonato de sosa, cal apagada, vidrio machacado, peróxido de manganeso... , ahí lo tienes, la mejor de las lunas francesas, fabricada por la gran Compañía de Saint Gobain, que hizo las mejores lunas del mundo, y ésta es la mejor pieza que hizo nunca. Cuesta el rescate de un rey. ¡Pero mirala! No es posible verla. No sabes que existe hasta que das de cabeza contra ella.

—¡Ay, ay, viejo! — continuó —. Esto no es sino una lección de cosas... Ciertos elementos opacos en sí mismos, pero tratados de tal modo que dan por resultado un cuerpo transparente. Pero eso, dirás, es cuestión de química inorgánica, Ciertísimo. Pero me atrevo a asegurar, aquí, sostenido en mis dos pies, que dentro de lo orgánico puedo duplicar lo que ocurre en lo inorgánico. ¡Mira!

Levantó un tubo de ensayo y me obligó a mirar su contenido a contraluz. Era un líquido nebuloso o turbio. Vacío en él el contenido de otra probeta, y casi instantáneamente se convirtió en claro y chispeante.

—O aquí.

Con movimientos nerviosos y rápidos entre sus tubos de ensayo, transformó una solución blanca en otra de color de vino, otra amarilla clara en pardo oscura. Echó un pedazo de papel tornasol en un ácido, en el cual se cambió instantáneamente en rojo, y al hacerla flotar en un álcali, se transformó rápidamente en azul.

—El papel tornasol sigue siendo papel tornasol — dijo en el grave tono de un conferenciante —. No lo he cambiado en cosa distinta. Entonces, ¿qué he hecho? Sencillamente, he cambiado la ordenación de sus moléculas. Donde, al principio, absorbía todos los colores de la luz menos el rojo, su estructura molecular ha cambiado, de modo que ahora absorbe el rojo y todos los colores excepto el azul. Y así, hasta lo infinito. Ahora, lo que me propongo hacer es esto...

Se detuvo un momento.

—Me propongo buscar, sí, y encontrar los reactivos necesarios, que obrando sobre el organismo vivo, produzcan en él cambios análogos a los que acabas de observar. Pero estos reactivos que encontré, y los cuales, por otra parte, ya tengo a mano, no convertirán el cuerpo vivo de azul en rojo o de rojo en negro, sino lo convertirán en transparente. La luz pasará a tra-

vés de él. Será invisible. No dará sombras.

Pocas semanas más tarde salí a cazar con Pablo. Había estado prometiéndome hacía mucho tiempo que iba a darme el placer de cazar con un perro maravilloso... el más maravilloso, sin duda alguna, con que hubiese cazado nunca un hombre. Así me lo dijo una y otra vez hasta despertar mi curiosidad. Pero, la mañana en cuestión, me sentí decepcionado, porque no había perro alguno a la vista.

—No lo busques —dijo Pablo con indiferencia. Y echamos a andar por el campo.

En aquel momento, no logré definir lo que me molestaba, pero tuve la sensación de que se me acercaba una enfermedad inmediata y mortal. Tenía todos los nervios de punta, y por los asombrosos fenómenos que despertaban en mí, parecíame que se habían vuelto locos. Perturbábanme sonidos extraños. A veces oía junto a mí el ris-ras de la hierba como si alguien la apartara; y otras el pataleo de unos piececillos sobre una extensión de terreno pedregoso.

—¿Oyes algo, Pablo? —le pregunté una vez.

Sacudió la cabeza y siguió andando muy decidido.

Al saltar una cerca, oí el bajo y afanoso quejido de un perro, aparentemente a dos pies de distancia, pero miré en derredor y no vi nada.

Me dejé caer al suelo, temblando y casi sin sentido.

—Pablo —dije—, más valdrá que volvamos a casa. Me siento mal.

—No es nada —respondió—. El sol se te ha subido a la cabeza como si fuera vino. En seguida se te pasará. Hace un tiempo maravilloso.

Pero yendo por una senda estrecha, a través de un algodonal, un objeto me rozó las piernas, tropecé y estuve a punto de caer. Miré con súbita ansiedad a Pablo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. ¿Tropiezas contigo mismo?

Me mordí la lengua y seguí andando, aunque perplejo y convencido de que alguna enfermedad aguda y misteriosa había atacado mis nervios. Hasta aquel momento, conservaba la vista, pero cuando volvimos a salir a campo abierto, hasta la vista me falló. Extraños destellos de luz multicolor e irisada empezaron a aparecer y desaparecer en la senda delante de mí. Sin embargo, logré dominarme, hasta que las luces multicolores persistieron más de veinte segundos, danzando y cente-

lleando en continuo movimiento. Entonces, me senté desmayado y tembloroso.

—Esto está acabando conmigo —dije—. Me ha atacado a los ojos, Pablo, llévame a casa.

Pero Pablo se echó a reír muy satisfecho:

—¿No te lo había dicho? El más maravilloso de los perros. ¿Qué te parece ahora?

Se apartó un poco de mí, y empezó a silbar. Oí el pataleo, el jadear de un animal atrafagado y el inconfundible latir de un perro. Entonces, Pablo se inclinó y, al parecer, acarició el vacío.

—Dame la mano.

Y me la hizo pasar sobre la nariz fría y el hocico de un perro. Y un perro estaba allí, en efecto, con la forma y el pelo corto de un pachón.

Baste decir que recobré inmediatamente el ánimo y el dominio sobre mí mismo. Pablo pasó un collar al cuello del animal y le ató un pañuelo al rabo. Y entonces apareció ante nosotros la asombrosa visión de un collar vacío y de un pañuelo que ondeaba al viento sobre los campos. Era cosa de ver aquel collar y aquel pañuelo inmovilizando una bandada de codornices en un grupo de algarrobos, y permanecer rígidos e inmóviles hasta que hubimos hecho volar a los pájaros.

De cuando en cuando, el perro despedía los multicolores destellos que ya he mencionado. La única cosa, me explicó Pablo, que no había anticipado, y que dudaba poder suprimir.

—Son una gran familia —dijo—, esos perros de sol, perros de viento, arcoiris, halos y parhelios. Los produce la refracción de la luz desde cristales de minerales y de hielo, en la niebla, en la lluvia, en el vapor de agua, en no sé cuántas cosas; y tengo miedo de que hayan de ser la penitencia que tenga que pagar por la transparencia. Me he librado de la sombra de Lloyd sólo para caer en el destello del arcoiris.

Dos días después, antes de entrar en el laboratorio de Pablo, sentí un hedor terrible. Tan fuerte era que me fué fácil descubrir su origen: una masa de materia putrescente en el umbral, que en sus líneas generales tenía la forma de un perro.

Pablo se sobrecogió cuando vino a examinar mi hallazgo. Era su perro invisible, o mejor dicho, lo que había sido su perro invisible, y que ahora ya se veía perfectamente. Había estado poco tiempo antes jugueteando en plenas salud y fuerzas. Un examen más

minucioso reveló que había recibido en la cabeza un golpe terrible. Era extraño que el animal hubiese sido muerto, pero lo inexplicable es que se hubiese descompuesto tan rápidamente.

—Los reactivos que inyecté en su organismo eran inocuos —explicó Pablo—. Pero eran poderosos, y al parecer cuando llega la muerte producen la desintegración instantánea. ¡Notable! Bueno; lo necesario es no morir. Mientras está uno vivo, no hacen daño. Pero me pregunto quién ha podido aplastar la cabeza de este perro.

Ello se aclaró, sin embargo, cuando una asustada doncella de la casa trajo la noticia de que Gaffer Bedshaw, aquella misma mañana, no hacía más que una hora, de repente se había vuelto loco furioso, y habían tenido que atarle a la casila del guardacaza, donde deliraba hablando de una batalla con un gigantesco animal feroz que había encontrado en el campo. Decía que el animal o lo que fuese, era invisible, que con sus propios ojos había visto que era invisible; por consiguiente, su mujer que estaba hecha un mar de lágrimas y sus hijas, no querían creerle, y entonces, él se ponía mucho más furioso, y el jardinero y el cochero tenían que apretar los nudos de las correas con que lo habían atado.

Mientras Pablo Tichlorne andaba así resolviendo con éxito el problema de la invisibilidad, no se quedaba atrás Lloyd Inwood. Fuí a verlo respondiendo a un mensaje suyo de que fuese a enterarme de cómo iban las cosas. Su laboratorio estaba aislado en el centro de vastos terrenos de su propiedad. Estaba edificado en una agradable cañada, rodeada de bosques por todas partes, y había que llegar a él por un camino que daba vueltas caprichosas. Pero lo había andado tantas veces, que lo conocía paso por paso, ¡Imaginaos mi sorpresa cuando llegué a la cabaña y me encontré con que el laboratorio no estaba allí! No, no estaba allí el fantástico edificio con su chimenea de piedra arenisca roja. Ni parecía haberlo estado nunca. No había señales de ruina, ni restos..., ni nada.

Empecé a andar en lo que en otro tiempo había sido el emplazamiento del laboratorio. “Aquí, me dije, es donde había un escalón que conducía a la puerta.” Apenas hube pronunciado las palabras, mis pies tropezaron con un obstáculo, y di de cabeza contra algo que verdaderamente me produjo la impresión de ser una puerta. Alargué

la mano. Era una puerta. Encontré el picaporte y lo hice girar. Y, en seguida, en cuanto la puerta giró sobres sus goznes, todo el interior del laboratorio se presentó a mi vista.

Saludando a Lloyd, cerré la puerta y retrocedí unos cuantos pasos por el sendero. No vi nada del edificio. Volví a abrir la puerta, y todos los muebles y detalles del interior tornaron a ser visibles. Era, en verdad, asombrosa, la súbita transición del vacío a la luz, la forma y el color.

—¿Qué te parece? —preguntó Lloyd estrechándome la mano. Ayer tarde di un par de capas de negro absoluto en el exterior del edificio para ver lo que resultaba. ¿Te duele la cabeza? Diste un buen encontronazo, me figuro.

Empecé a felicitarlo, pero me interrumpió.

—Eso no tiene importancia. Tengo para ti un trabajito mejor.

Mientras hablaba, empezó a quitarse ropa, y cuando estuvo desnudo ante mí, me entregó un tarro y un pincel, y me dijo:

—¡Ea!, dame una manita de esto.

Era una materia aceitosa y resinosa, que se extendió con facilidad sobre la piel y se secó inmediatamente.

—Esto es mera precaución preliminar —explicó cuando hube terminado—. Ahora, vamos con la verdadera pintura.

Me apoderé de otro tarro que me indicó, y miré el interior, pero no vi nada.

—Está vacío —dije.

—Mete el dedo.

Obedecí y tuve la sensación de algo frío y húmedo. Al retirar la mano, miré mi dedo índice que es el que había sumergido en el tarro, pero había desaparecido. Lo moví y me di cuenta por la alternada tensión y relajación de los músculos de que se movía, pero burlaba mi sentido de la vista. Según toda apariencia, me habían rebanado el dedo. Y no pude lograr impresión visual de él hasta que lo extendí bajo la luz solar y vi su sombra claramente pintada en el suelo.

Lloyd se rió.

—Ahora —dijo— extiéndelo, y abre bien los ojos. Sigue pintándome.

Introduje el pincel en el tarro al parecer vacío, y le di una gran pincelada en el pecho. A medida que pasaba el pincel, la piel desaparecía. Le pinté la pierna derecha, y allí quedó un hombre con una pierna sola desafiando las leyes de la gravedad. Y así, pincelada tras pincelada, miembro tras miembro, pinté a Lloyd Inwood y lo reduje a la

nada. Era un experimento que me ponía los pelos de punta, y me alegré cuando no quedó nada a la vista, más que sus ardientes ojos negros, luciendo en el aire sin aparente sostén.

—Para los ojos tengo una solución refinada e inofensiva —me dijo—. Una rociada finísima con un cepillo de aire, y rápido. ¡No estoy!

Realizado así, dijo:

—Ahora me moveré y tú me dirás qué sensaciones experimentas.

—En primer lugar, no te veo —dije, y pude oír su risa alegre en el vacío—. Naturalmente no puedes librarte de tu sombra, pero eso era de esperar. Cuando pasas entre mis ojos y un objeto, el objeto desaparece, pero su desaparición es tan desusada e incomprensible que me parece que mis ojos se han enturbiado. Cuando te mueves rápidamente, experimento algo como si viera una sucesión de manchas. Esta sensación me produce dolor de ojos y cansancio cerebral.

—¿Tienes otras indicaciones de mi presencia? —preguntó.

—No y sí —respondí—. Cuando estás cerca de mí tengo sensaciones similares a las que producen almacenes húmedos, criptas funerarias y minas profundas. Así como los marinos sienten la proximidad de la tierra en las noches oscuras, siento yo —me parece— la proximidad de tu cuerpo. Mas todo ello es muy vago e intangible.

Estuvimos hablando largamente aquella última mañana en su laboratorio; y cuando me volví para marcharme, estrechó fuertemente mi mano con la suya invisible, y dijo:

—¡Ahora conquistaré el mundo! —y no logré atreverme a decirle que Pablo Tichlorne había logrado un éxito semejante al suyo.

En casa, encontré una nota de Pablo rogándome que acudiera inmediatamente, y era ya mediodía cuando empecé a subir en bicicleta el empinado sendero. Pablo me llamó desde el campo de tenis, y desmonté y fui. Pero el campo de tenis estaba vacío.

Mientras estaba en pie mirando boquiabierto, una pelota de tenis me dió en el brazo y otra pasó zumbando junto a mi oído.

Parecíame, ya que no podía ver al asaltante, que venían como torbellinos del espacio. Pero cuando las pelotas que ya me habían tirado empezaron a volver para el segundo ataque, comprendí la situación. Tomando una raqueta y con los ojos muy abiertos, vi como rápidamente aparecía un reflejo multicolor que se perdía en el suelo.

Me guíé por él, y cuando hube lanzado en su dirección unos cuantos golpes fuertes, sonó la voz de Pablo.

—¡Basta, basta, eh, basta! Detente. Date cuenta de que los pelotazos dan contra mi piel desnuda. ¡Uh, Uh! ¡Voy a ser bueno! ¡Voy a ser bueno! Solamente quería que te dieras cuenta de mi metamorfosis —dijo con voz triste, y creí darme cuenta de que se estaba frotando los cardenales.

Pocos minutos después estábamos jugando en serio al tenis, lo cual era un poco difícil para mí, porque no podía estar seguro de su posición, excepto cuando todos los ángulos entre él, el sol y yo estaban en conjunción adecuada. Entonces se producía el reflejo y sólo entonces. Pero los reflejos eran más brillantes que los del arcoiris, azul purísimo, delicadísimo violeta, brillantísimo amarillo, y las sombras intermedias con la centelleante brillantez del diamante, deslumbradoras, cegadoras, iridiscentes.

Pero, cuando estábamos a mitad del juego, sentí un frío súbito, que me recordó las minas profundas y las bodegas húmedas, el mismo que había experimentado aquella mañana. En el momento siguiente, cerca de la red, vi rebotar una pelota en mitad del aire, en el espacio vacío, y en el mismo instante a unos veinte pasos de distancia, Pablo Tichlorne emitió un irisado reflejo. No pude ver de dónde había rebotado la pelota, y con temor mareante, comprendí que Lloyd Inwood había entrado en escena. Para estar seguro, busqué su sombra, y allí estaba, mancha informe del tamaño de su cuerpo (el sol estaba sobre nuestras cabezas), moviéndose por el suelo. Recordé su amenaza y tuve la seguridad de que los largos años de rivalidad iban a culminar en sobrenatural batalla.

Di un grito para avisar a Pablo, y oí un gruñido como el de un animal salvaje, al cual respondió otro semejante. Vi la mancha negra moverse con rapidez a través de la cancha; vi también un brillante reflejo que, con igual rapidez, le salía al encuentro. Y luego, sombra y reflejo se juntaron y oí el sonar de golpes invisibles. La red se tambaleó ante mis ojos espantados. Me lancé hacia los combatientes, gritando:

—¡Por amor de Dios!

Pero sus cuerpos entrelazados, golpearon contra mis rodillas, y caí al suelo.

—¡No te metas en esto, viejo!

Era la voz de Lloyd Inwood, saliendo



del vacío. Y luego sonó la de Pablo que gritaba:

—¡Sí, ya estamos hartos de pacificadores!

Por el sonido de sus voces, comprendí que se habían separado. No pude localizar a Pablo, así es que me acerqué a la sombra que representaba a Lloyd. Pero del otro lado me vino un golpe tremendo a la punta de la mandíbula, y oí la voz de Pablo que gritaba con furia:

—Y ahora, ¿te quitarás de en medio?

Y volvieron a juntarse. El choque de sus golpes, sus gruñidos y su jadear, y los rápidos centelleos y el moverse de la sombra me mostraban claramente la furia mortífera de la lucha.

Grité pidiendo auxilio, y Gaffer Bedshaw acudió a toda prisa. Pude ver que, al acercarse a mí, me miraba de modo extraño, pero tropezó contra los combatientes y fué lanzado al suelo. Con alarido desesperado gritó: “¡Válgame Dios, están aquí!” Se puso en pie de un salto y se alejó corriendo de la cancha.

Yo no podía hacer nada, así es que sentado en el suelo, fascinado y desamparado, asistí a la pelea. El sol de mediodía caía con brillo deslumbrador

sobre la cancha de tenis desnuda: todo lo que podía ver era el manchón de sombra y los reflejos irisados, el polvo que levantaban los pies invisibles, la tierra destrozándose bajo los pies tensos. Y la red que se hincha una o dos veces cuando los cuerpos chocaban contra ella. Eso era todo, y, al fin, también eso cesó. No hubo más reflejos, y la sombra se había hecho larga y estacionaria; y recordé sus rostros juveniles cuando estaban ambos agarrados a las raíces en el frío fondo de la piscina.

Me encontraron una hora después. Los sirvientes supusieron que había sucedido algo, y abandonaron la casa de Tichlorne todos a un tiempo. Gaffer Bedshaw no se recobró nunca del segundo choque, y está recluido en un manicomio sin esperanzas de curación.

Los secretos de sus descubrimientos maravillosos murieron con Pablo y Lloyd, ambos laboratorios fueron destruidos por sus afligidos parientes. En cuanto a mí, ya no he vuelto a ocuparme de investigaciones químicas, y la ciencia es tema de conversación prohibido en mi casa. He vuelto a mis rosales. Los colores de la naturaleza me bastan. ♦